

1

El día había comenzado a clarear en la República Socialista Revolucionaria de Venezuela. A pesar de la hora, el Teniente Juan Marco Machado se encontraba atrapado en el estrecho vientre de un transporte blindado. Observó las nuevas cintas en su hombro y repitió, en voz alta, su nuevo rango. *Teniente*. Una sonrisa ladeada cruzó su rostro. *Mucha más autoridad que Sargento*. Sus escasos bienes, el botín de décadas de leal servicio revolucionario, estaban empacados cuidadosamente dentro de cuatro grandes bolsas plásticas negras de residuos que Machado había introducido con dificultad en los recovecos del transporte. La herrumbrosa monstruosidad que rodeaba al Teniente era una reliquia de la Segunda Guerra Mundial, vendida a las Fuerzas Armadas Revolucionarias Socialistas de Venezuela o FARS, por la vendedora de armas rusa Rosoboron Export por algunas monedas y un exorbitante contrato de mantenimiento. Machado se encontraba de camino a emprender su nueva vida en San Porfirio de la Guacharaca, la capital. En su mano izquierda sostenía con firmeza su nueva AK-103, recibida apenas el día anterior junto con sus medallas y su ascenso. El Teniente acarició afectuosamente la empuñadura de su nueva arma, gozando de la sensación que le causaba la tersura del plástico y el frío del metal y suspiró. *Soy un soldado de la revolución y finalmente me han tenido en cuenta. Mis años de custodiar cabinas de peajes y centrales energéticas finalmente han rendido fruto*.

Debido a la estrechez del espacio, al intentar reacomodar su pesado cuerpo para levantar la botella, opaca y sin etiqueta, repleta de whisky contrabandeados, que con dedicación había estado intentando vaciar desde el amanecer pero cuyo contenido nunca parecía disminuir, Machado golpeó su tobillo, signado por una herida de guerra, contra una enorme pila de proyectiles que el óxido había fijado al suelo de metal.

—¡Uf!—El recuerdo de su dolor y de la fuente de sus medallas, provocó que se saludara a sí mismo e hiciera una mueca de satisfacción. El Teniente estaba a punto de levantar la sudorosa botella para un nuevo brindis, cuando una inoportuna orden se hizo oír por sobre el estruendo del parsimonioso vehículo y penetró el letargo alcohólico que Machado se había esforzado por alcanzar.

—Teniente Juan Marco Machado —profirió uno de sus superiores, un capitán, a través de la abertura superior de la antigua máquina.

—Sí, mi Capitán. —La voz de Machado se quebró mientras emergía sumisamente de su tanque, forzando su amplio estómago a través de la escotilla y se apostaba, con dificultad, en la pequeña plataforma. Tanto a sus espaldas

como frente a él, la fila de pequeños blindados y *jeeps* se encontraba lista para transportar pollos y cabras para alimentar a los habitantes más carenciados de San Porfirio.

Un rayo del incandescente sol ecuatorial alcanzó a Machado directamente en el rostro y lo obligó a entrecerrar los ojos. Desde el muelle los pescadores retornaban con el botín de la noche anterior, la brisa arrastraba el olor acre del mar y los pescados. Estos olores, que para el Teniente eran los olores de Venezuela, se mezclaban naturalmente con la humedad y la exuberante vegetación de la jungla, si bien los acompañaba el hedor del combustible del lánguido convoy. La luz matinal le reveló a Machado el turquesa del resplandeciente mar caribeño e, inmediatamente a su lado, el verde oscuro de la jungla. Entre ambos, sobre el espléndido blanco de la playa, había hecho su nido el pequeño pueblo fortificado que el Teniente estaba abandonando para siempre. Un camino de tierra cortaba por la mitad al empobrecido asentamiento. El campanario de la antigua iglesia católica, la única construcción cuya altitud superaba los dos pisos, se estiraba con desesperación hacia el cielo, como si intentara escapar de la indigencia que lo rodeaba. Santo Tomás era un pueblo miserable. Su única ventaja era un puerto de aguas profundas que, dado que era el más cercano a San Porfirio, le daba al asentamiento una importancia estratégica.

—Ejem —El Teniente Machado carraspeó—. A sus órdenes. —Hizo el breve saludo revolucionario dominado hacía tiempo, sus dedos mayor e índice formaron una “V” de victoria, mientras que el revés de su muñeca tocó su frente, intentando lucir digno de su nuevo rango. Machado nunca había estado del todo satisfecho con su apariencia. Era varios centímetros más bajo de lo que hubiera deseado y, según algunos, de compleción “robusta”, si bien él prefería el término “corpulento”. Su tez morena era el resultado de su variada ascendencia, esclavos negros del Caribe, indios del interior y terratenientes blancos que esparcían su semilla lascivamente. Llevaba su crespo y negro cabello, “pelo malo”, como lo llamaban peyorativamente en español, cortado al ras y un bigote bien cuidado.

—Lo felicito por sus medallas y su ascenso, joven soldado. Párese erguido para que brillen bajo el sol de Venezuela —dijo el capitán a cargo de la guarnición. —Déjeme ver. —El capitán entrecerró los ojos y acercó su mirada—. Ah, sí, una por valentía en acción y una por heridas durante el cumplimiento del deber. Es usted un verdadero orgullo para la revolución.

—Sí señor. Gracias, señor —dijo Machado—. No soy más que un leal servidor del Comandante.

—No debimos dejarlo solo custodiando ese puente —comentó el capitán mientras acariciaba su barba candado surcada de blanco—. Ese tipo de cosas

tiende a salirse de control. Tiene suerte que esos estudiantes no le causaran heridas más serias.

—Sí señor, estas marchas estudiantiles se están haciendo peligrosas —dijo Machado, mientras pensaba, *Gracias a Dios no había nadie allí para ver cómo me caía del tanque intentando comprarle una empanada al vendedor callejero.*

—Así es. —El capitán asintió con la cabeza como si estuviera dando por terminada una silenciosa plegaria—. Estamos agradecidos por sus sacrificios hacia la patria.

—El honor es mío, por la gloria de nuestra revolución invencible, y me alegra que mis superiores hayan decidido aumentar mis responsabilidades. Intentaré ser por siempre un humilde servidor del Comandante. —Machado no podía esperar a regresar a la tórrida seguridad de su fiesta privada y comenzó a sentirse ligeramente irritado a medida que su estado de ebriedad, que tanto le había costado alcanzar, se iba disipando.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor? —Machado volcó su peso sobre el pie sano y el tobillo herido demostró su agradecimiento con un crujido extraño.

El capitán de la guarnición no había terminado de despachar el convoy; dado que era la única actividad del día, deseaba aprovechar la ocasión para hablar.

—Algún día, Machado, peharemos una verdadera guerra y finalmente utilizaremos las armas que el Comandante nos ha confiado. Podemos ser pacientes con los enemigos de la revolución, joven Machado, aunque tenemos nuestros límites. —Para remarcar su punto, al pronunciar la última palabra el capitán dio un golpe a la cámara de su AK-103, lo que provocó que el cargador cayera al suelo y el arma descargara, en la dirección de Machado, la bala de la recámara. El Teniente se había inclinado para cerrarse la cremallera, se había dado cuenta que la había dejado abierta tras orinar por una de las pequeñas ventanas del blindado algunos minutos antes, y la bala cortó el aire allí donde el saludo revolucionario había estado tan sólo un segundo antes. Machado palideció.

El rostro del capitán adquirió un color carmesí. —Ejem, continúe. —Dio media vuelta y se alejó con paso apresurado.

—Sí, Capitán....

Machado observó cómo el capitán se acercaba al siguiente vehículo de la fila y descargaba su ametralladora sobre un mono araña que intentaba arrancar un coco de una palmera en la playa. El animal, enfurecido, lo insultó en su idioma prehistórico y le enseñó el dedo mayor, para luego escapar en direc-

ción de la jungla y perderse en la espesura.

Finalmente, el convoy comenzó a moverse.

La procesión avanzó lenta y serpenteante durante varias horas. Machado se esforzaba por mantener su blindado en línea recta mientras continuaba vaciando su botella de whisky, cuando, repentinamente, la fila se detuvo con un traqueteo y un chillido. Una densa columna de humo negro se elevó sobre el convoy. Disgustado, Machado se asomó por la escotilla de su vehículo. Sosteniéndose apenas del cañón de 30 milímetros, se inclinó peligrosamente sobre el camino y estiró el cuello con la intención de descubrir qué había ocurrido. Enseguida comprendió que la explosión se había originado en un transporte de tropas ubicado varios vehículos más adelante en la fila, cargado con cabezas de ganado. Una vez que el polvo se asentó, Machado pudo ver los fragmentos del vehículo desparramados sobre el asfalto. Tripas de cabra cubrían la carretera en un caos sangriento y una nube blanca de plumas de gallina flotaba sobre la procesión cual nevada tropical. Del extremo del cañón pendía la cabeza de un cabrío a la manera de un mascarón de proa. El goteo de la sangre del animal ofrecía un espectáculo macabro.

Un grupo de campesinos hambrientos, con las costillas marcadas en sus escuálidos torsos, producto de años de sacrificio revolucionario, abandonaron sus casuchas junto al camino y se abalanzaron sobre la carretera, llevando palas, platos de plástico y grandes calderos negros, para juntar las trituradas piezas de carne masacrada que yacían en húmedas pilas sobre el camino, sobre los cañones de los vehículos militares y en las ramas de los árboles. Hablaban entre ellos con gran excitación, sorprendidos por la buena suerte que se les presentaba de cenar carne fresca.

Machado permaneció impávido. Las explosiones se estaban haciendo más y más comunes en las FARS a medida que el equipamiento se desintegraba en las junglas y en los océanos por falta de mantenimiento. Hasta entonces nadie había salido herido, o al menos nadie que el Teniente conociera. Además no era su responsabilidad, él no estaba a cargo del mantenimiento. Ése era problema de alguien más. Si lo que se quería era avanzar en las nuevas FARS, lo más recomendable era mantener la cabeza gacha, concentrarse en la tarea encomendada y, desde luego, rogar que alguien más tuviera un poco de mala suerte.

—Parece que algo ha explotado —comentó con total naturalidad una anciana que, sentada en una mecedora desvencijada, vendía pequeños vasos de plástico llenos de un brebaje oscuro y fragante. El convoy se había detenido frente a una aldea insignificante, ubicada en una curva del camino que rodeaba la montaña. Unas cuantas chozas miserables de los famélicos campesinos se

aferraban con desesperación al desfiladero sobre la jungla.

Tras levantarse de su silla, donde sostenía una animada conversación con un hombre de torso desnudo que vendía plátanos, la sibila le llevó al Teniente una dedada del brebaje. El aroma del elixir terminó de despejar la neblina que envolvía la alcoholizada mente de Machado.

—Te ves espléndido, m'hijito —dijo la anciana mientras señalaba con un dedo esquelético las pulidas medallas del militar.

—Gracias —dijo Machado y devolvió el vaso para que la anciana lo volviera a llenar. —En reconocimiento al heroísmo —dijo, con la mirada al frente y un tono de pretendida indiferencia.

—Sí, muchacho, debe hacer falta mucho coraje para sentarse ahí todo el día —comentó la mujer mientras depositaba en la copa izquierda de su sostén la moneda de cien Asnos que Machado le había entregado, no sin antes escupir sobre ella y limpiarla con un pañuelo marrón que extrajo de una pequeña y colorida cartera que colgaba a su lado.

—Oiga, vieja —dijo Machado, enfadado ante el desaire—, es nuestro deber proteger y promover la revolución, para su beneficio.

—¿Qué beneficio? Yo estaba sentada aquí vendiendo café antes que este muchacho tomara el poder. —La anciana señaló el estandarte que colgaba del flanco del vehículo blindado y exhibía con todo esplendor una imagen de tamaño natural del Comandante. —Y estaré aquí vendiendo café cuando alguien más lo derroque. Para nosotros, las cosas no cambian.

Con lentitud, la anciana depositó nuevamente sus crujientes articulaciones en el antiguo cuero de su silla. Desde el día en que su marido entusiasta y rebelde la dejó por una magnífica y finalmente trágica aventura en la capital, que le había costado a él su vida y a ella su sustento, podía vérsela incansablemente apostada de sol a sol frente a su hogar, construido a base de cartón y contrachapado, con láminas de aluminio para el techo. Junto a la estructura, cinco o seis niños, desnudos y de aspecto salvaje, jugaban con un perro famélico, cuyas costillas se marcaban debajo de una piel delgada como el papel en silenciosa súplica por que se le mostrara un poco de elemental decencia humana. De tanto en tanto, los niños aguijoneaban con una vara al animal y gritaban ante los mordiscos de advertencia con que éste intentaba disuadirlos.

—Usted no está al tanto de toda la información. Está bien; no es su tarea. Debería saber que el imperio tiene agentes detrás de cada árbol. Ustedes nos necesitan para que protejamos a sus niños. Créame, si hay alguien que lo sabe soy yo, me han ascendido a director del servicio de inteligencia. — Ups, finalmente se le escapó.

—Oh, inteligencia militar —exclamó la anciana, con respeto fingido—.

Es como decir “político honesto” o “whisky saludable” o “asistencia médica gratuita y de calidad”...

—Oye, muchacho. —Machado, intentando cambiar el tópico de la conversación, que tomaba un cariz que no le agradaba, llamó la atención del vendedor de plátanos—. ¿Cuánto cuestan?

—Sólo ochenta Asnos, compadre.

—Arrójame una —dijo Machado.

—Claro chamo. —El vendedor de plátanos le sonrió al militar, exhibiendo una hilera de dientes ennegrecidos y tras arrancarla del racimo, le tiró una de sus frutas.

—¿Adónde vas?— preguntaron al unísono el vendedor y la sibila: la ociosa conversación mediante la cual las personas sub-empleadas agregan algo de sabor a sus largos días al sol.

—Me dirijo a la capital. Me han ascendido. —Machado resplandecía casi tanto como sus nuevas medallas. Estaría a cargo de la unidad de inteligencia de las FARS responsable de *toda* la capital y el principal aeropuerto internacional. Machado pensó en el cambio. Estaba tan acostumbrado a los deplorables cuarteles de uno u otro pueblo de mala muerte. La capital significaría una grata mejora.

San Porfirio de la Guacharaca. A Machado le resultaba difícil habituarse al nuevo nombre. Tras hacerse del poder, el Comandante promulgó un decreto mediante el cual renombró todas las ciudades y estados del país. Esto causó estragos en el turismo, en la zonificación e incluso en la posibilidad de algunos para volver a sus hogares. Las autoridades continuaban descubriendo las carcasas quemadas de autobuses que se habían perdido, con los restos de los pasajeros en su interior que mostraban señales de canibalismo. En el mismo decreto, el Comandante reorganizó la geografía de la nación, desplazó varias cadenas montañosas y desvió el poderoso Río Grande. Esto había afectado gravemente la infraestructura del transporte nacional, en el proceso se descubrió una gran mina de plata que se convirtió en la fuerza vital de la nación, después que los revolucionarios llenaran de tierra y basura los pozos petrolíferos, ante el temor que el Comandante perdiera una de las muchas elecciones que se llevaban a cabo para que el pueblo pudiera probar su lealtad con frecuencia.

San Porfirio tenía todo el vigor, la energía y la efervescencia de una capital sudamericana. Alrededor del antiguo distrito histórico, enormes edificios financieros resplandecían en vidrio y metal. Las dos grandes autopistas que cortaban ferozmente la ciudad estaban invariablemente sumidas en el ensordecedor traqueteo de las motocicletas y de las frecuentes caravanas

de diplomáticos y ministros que iban de aquí para allá, según lo requirieran sus importantes negocios. Alrededor de la capital se encontraban los barrios, vecindarios de ladrillo naranja que surgieran cual moho sobre las colinas que flanqueaban la ciudad. Machado tenía particular preferencia por el distrito de los clubes nocturnos y la “zona roja”, con sus sórdidos hoteles y sus calles peatonales donde se podían obtener toda clase de productos, desde navajas hasta falsificaciones de relojes y ropa de importantes marcas.

—Lo felicito —dijo el vendedor de plátanos. Sin mucho entusiasmo, la sibila se unió a los elogios e interrumpió las fantasías del Teniente. —Ha habido mucho movimiento en estos días —comentó el vendedor—. Ayer vi toda una columna de tanques marchando hacia allí. —Y se quitó el dedo de la nariz durante el segundo necesario para señalar en la dirección del cuartel y de la desesperada iglesia.

—Sí, mi amigo— dijo Machado—. Estábamos regresando del desfile. Sólo volví para empacar mis cosas. —El Teniente buscó dentro del vehículo blindado y extrajo una de las bolsas de residuos para probarles a las dos personas de su audiencia que estaba diciendo la verdad. El hombre de los plátanos asintió y cuando Machado intentó guardar nuevamente la bolsa, el plástico se tajó y la ropa sucia del militar se desparramó sobre el asfalto al pie del vehículo.

—¿A qué desfile te refieres?— La sibila preguntó, elevando ligeramente la voz, mientras se mecía en su silla e intentaba aplastar una gigantesca mosca que se había posado en su hombro.

Machado se sorprendió. Evidentemente, estos campesinos no tenían información actualizada. O peor aún, quizá eran subversivos. Tendría que empezar a estar atento a ese tipo de cosas; ahora era un hombre de la *inteligencia*. El Teniente descendió del vehículo y comenzó a recoger sus cosas.

—¿No están al tanto de nuestras festividades revolucionarias aquí?

—A decir verdad, es difícil memorizarlas todas —dijo la sibila con ceño fruncido. El vendedor extrajo uno de sus plátanos del racimo tirado a su lado sobre el asfalto, la peló e intentó introducirla entera en la boca.

Sin perder la compostura, Machado explicó. —Ayer fue el Día de la Revolución, la festividad en la que se celebra el enorme sacrificio de los mártires que perdieron su vida durante el pacífico golpe de Estado que llevó al poder a nuestro glorioso Comandante. Fue algo fantástico...

—¿Qué fue fantástico?— preguntó el hombre, levantando la mirada.

—El Día de la Revolución. —Machado elevó la voz mientras volvía a subir al vehículo blindado y sostenía su ropa con la mano izquierda.

—Ah, entiendo.

—Había una multitud.

—¿Dónde?

—En el Día de la Revolución. —Machado resopló—. Ambos lados de la avenida estaban repletos de gente y todos llevaban camisetas rojas y brillantes con el rostro del Comandante o del Che. Hacían ondear sus banderas y nos alentaban...

A lo largo de la conversación, Machado se había esforzado por resistir el llamado de sirena de la opaca botella que, recubierta con un trapo sucio, yacía en el incandescente interior del vehículo. Una parte de él le decía que un hombre de la inteligencia tenía que saber limitarse con el alcohol, aunque ése nunca había sido uno de los fuertes del Teniente. En una ocasión en que se encontraba de licencia, se embriagó a tal punto que se despertó junto a una mesa del restaurante local de comidas rápidas, sin sus pantalones y, lo que sin duda era lo peor, sin su revólver. Tenía recuerdos fragmentados de haber exigido, revólver en mano, que los capitalistas se sacrificaran por la revolución al igual que él, proveyéndole de una comida gratis. El día siguiente lo había visto corriendo de sombra en sombra, intentando rastrear su arma.

Tras reconocer su derrota con el triunfante pensamiento, *hoy tengo motivos para celebrar*, se introdujo en el vehículo y tomó un rápido sorbo de lo que para entonces era un whisky muy caldeado. Al tragar el veneno, no pudo evitar escupir y atragantarse. Por el rabillo del ojo observó cómo el hombre de los plátanos, que creía que nadie miraba, introducía su mano en sus pantalones y escarbaba, intentando aliviar una comezón inconvenientemente localizada.

Machado volvió a asomarse por la escotilla y continuó su relato como si nunca lo hubiera interrumpido. —A la cabeza se encontraba la Juventud del Comandante, todos con sus flamantes uniformes y llevando escobas en lugar de armas. Verán, eso simboliza la limpieza que se está realizando en la gloriosa patria después de siglos de corrupción oligarca. —El Teniente interpretaba como estupidez la apatía de su audiencia, por lo que hablaba lentamente y con voz elevada.

—Tras ellos marcharon las Reservas Especiales Revolucionarias —Machado depositó su mirada sobre el hombre de los plátanos—. Tú, muchacho, deberías unirte a las reservas.

—¿Cuáles reservas?

—Las *Reservas Especiales Revolucionarias*— repitió el Teniente, que estaba comenzando a sentirse frustrado. Siempre se le había hecho difícil distinguir si verdaderamente era más inteligente que sus interlocutores o si éstos se estaban burlando de él.

—Ah, claro. ¿Y para qué? —preguntó el hombre de los plátanos.

—Todos debemos hacer nuestra parte en la defensa de la revolución y re-

portar cualquier actividad subversiva. Sin duda deben ver gran cantidad de actividad subversiva aquí en la carretera...

En ese instante, un automóvil repleto de muchachas en bikini hizo sonar la bocina mientras pasaba a toda velocidad junto al blindado de Machado y doblaba en la curva de la carretera. Una muchacha poco agraciada se inclinó fuera de la ventana y le arrojó un beso al Teniente. El militar tartamudeó y momentáneamente perdió el hilo de sus pensamientos.

Al recordar lo que hablaba, le vino a la mente la imagen de la fila de ancianos desdentados y con uniformes apretados debido al sobrepeso. Machado emitió una risita. —Es cierto que se los ven algo viejos, son invaluable para nuestra revolución pacífica.

—Sí, quizá. ¿Cuál es la paga?

—Obtendrás un uniforme y un arma además del honor de servir a la patria. ¿Qué más puedes pedir? —preguntó Machado.

—Lo pensaré —dijo el vendedor—. ¿Me darían medallas como las tuyas?

—Éstas, camarada, las obtuve por actos de particular coraje. Tendrías que hacer algo extraordinario para recibirlas. —Machado respiró profundo e intentó expandir su pecho para que sus medallas resaltaran—. Tras las reservas llegaron los paracaidistas de élite. Tenían músculos enormes y eran muy intimidantes.

El hombre de los plátanos se puso de pie, probablemente porque estaba comenzando a aburrirse de la conversación, y depositó el racimo sobre su hombro. Machado comprendió que estaba perdiendo a su audiencia y se apresuró a terminar. —Finalmente llegué yo, al frente de la división de vehículos blindados. Desde luego, cerramos la marcha porque no queríamos llenar de hollín o grasa los nuevos y blancos uniformes de los oficiales. El único problema de todo el evento fue que mi tanque se averió... una vez más, en aquella ocasión sólo por cuarenta y cinco minutos.

Tras depositar peligrosamente el racimo sobre su cabeza, el vendedor concentró su inestable atención por un breve momento y preguntó —Sí, ¿dónde consiguió las medallas? ¿Son de oro de verdad?

—Paciencia. Esa es la mejor parte. El mismísimo Comandante pronunció mi nombre “Sargento Juan Marco Machado”. —Machado dejó que pasara el suficiente tiempo para que el vendedor se sintiera impresionado—. Es más bajo de lo que creí, aunque muy amigable. Me sonrió; era evidente que estaba satisfecho. Tomó la solapa de mi nuevo uniforme que no me he quitado desde entonces y prendió de ella las medallas.

Finalmente, la hilera de tanques comenzó a moverse. —Piensa en lo que te he dicho— le gritó Machado al hombre de los plátanos intentando que su

voz transmitiera heroísmo y autoridad mientras puso primera en su antiguo transporte soviético. El vendedor había abierto la boca para responder, cuando una nube de humo negro surgió del flanco del vehículo y cubrió su lengua y su paladar con una gruesa capa de hollín y ceniza.

Los soldados habían arrojado los restos del vehículo culpable de la demora por el desfiladero y sobre la jungla, provocando que un montón de guacamayos comenzara a graznar y a batir sus alas. Esto les evitó la molestia de emprender las reparaciones necesarias. A medida que el convoy avanzaba, Machado descubrió que el viaje le resultaba placentero. Las colinas que descendían hasta la playa estaban cubiertas por una vegetación tupida. Se podía escuchar el enérgico cuchicheo de los loros y una familia de tucanes voló sobre la caravana. Ocasionalmente, un simio saltaba de rama en rama y se burlaba de los perezosos, que se desplazaban con parsimonia a lo largo del cable telefónico que se extendía junto a la carretera. El denso verde de la espesura cubría el camino y formaba un túnel translúcido, en el que los restos de la niebla matutina habían comenzado a disiparse con celeridad. La incandescencia del día aumentó la sensación de Machado de estar sirviendo a un gran propósito. Se dirigía a su nuevo empleo. Finalmente era alguien importante. El Teniente hizo el saludo de la revolución en dirección a la anciana y al hombre de los plátanos que respondieron al unísono, con un apropiado saludo de un sólo dedo, no hasta que Machado estuviera completamente fuera de su vista.